

JUACO

¡Un rayo nunca me parta! ¿que quién es y que dónde se le encuentra?

DON JOSÉ

¡Acabal

JUACO

Don Carlitos, el francés de la fábrica... Encóntralo en el café ó donde haya que beber... é verdad... hasta la madrugada. Con que, si te parece, esta noche trinca al rapaz en casa, y mañana, si puedes, mándalo de viajata por el mundo, y que por allá quede mucho tiempo.

DON JOSÉ

Dice bien: la casa se hunde. Quiera Dios que haya vuelto á tiempo.

JUACO

No sé, Pepín. Tú lo que debes hacer es atrancar bien las puertas, y los señoritos, si quieren divertirse, que vayan á cantar la soberana por la carretera. Y ya sabes que conmigo puedes contar.

DON JOSÉ

Por el pronto no diga nada á nadie.

JUACO

No hay necesidad: está corrido por todas partes. Se oye cantar á Rosarita una canción inglesa. Ya rompió á can-

tar la calandria. En inglés. Con eso no se entienden las maliciucas, ó, si se entienden, puede decirse que no se entendieron. Así anda todo: fino y bien hablo.

DON JOSÉ

Vamos allá, no digan.

JUACO

Marcho: vine á cumplir contigo, y por decirte lo que había. Ahora tú.

DON JOSÉ

Gracias, Juaco.

JUACO

Hasta por ahí; no más...

DON JOSÉ

Buenas noches.

Vanse los dos por la derecha. Se oyen ruidos de aplausos, y, pasado un momento, aparecen por el fondo ANDRÉS y MARCELA; ella, sin hablar, se sienta en una butaca, con aire de cansancio; él se sienta á su lado y le coge la mano. Ella la retira; él vuelve á cogerla, y ella se la deja como fatigada. El se la besa, y ella suspira.

MARCELA

¡Ay de mí!

ANDRÉS

¡Marcela! Ella no responde; él vuelve á llamarla como si estuviera lejos. ¡Marcela! ¿Qué te pasa? ¿Estás triste?

MARCELA

No: estoy cansada.

ANDRÉS

¿De bailar?

MARCELA

De querer.

ANDRÉS

De quererme á mí. ¡Gracias!

MARCELA

No sé si de quererte á ti, ó de querer que seas como te quiero.

ANDRÉS

¡La historia de siempre!

MARCELA

¿Qué le vamos á hacer, si no sé otra!

ANDRÉS

¡Estás nerviosa!

MARCELA

¡Estoy muerta de pena!

ANDRÉS

¿Porque bailé con la Rosarita?

MARCELA

No... sí... no sé... Por eso, por todo, por lo que sé, por lo que no puedo saber, por lo que adivino, por lo que me cuentan, por lo que se callan...

ANDRÉS

¿Qué tienes, criatura?

MARCELA

Andrés: si me quieres un poco, si me tienes siquiera un poco de lástima, dime la verdad, pero la verdad entera de ti, de tu vida, que yo sepa quién eres, cómo eres... porque así no podemos vivir. Me has mentado tantas, tantas veces... Algunos días, si vieras, cómo te desprecio, y luego cómo me aborrezco á mí misma por haberte podido despreciar tanto. Te tengo delante, y á veces se me olvida todo, porque te quiero, ¡madre, cómo te quiero!; pero dime tú que tengo razón para quererte así, que te puedo querer, que te debo querer. ¡Dime la verdad, si es que siquiera tú la sabes de ti mismo.

ANDRÉS

¿Qué quieres que te diga? ¿Que soy un santo? Besándole las manos. A tu lado es un poco difícil...

MARCELA

¡Déjame!

ANDRÉS

¿Que soy un criminal, un miserable, un monstruo del Averno?... Ni siquiera eso, chiquilla. Soy... un

hombre como otro cualquiera: un poco mujeriego, un poco juerguista, un poco jugador, un poco aficionado al buen vino... y al malo, si no le hay del todo bueno... Amigo del dinero para poder tirarlo, egoísta cuando viene el caso, embustero cuando es menester, fiel cuando no me trae perjuicio cumplir una palabra, generoso cuando me conviene...

MARCELA

¡Andrés!

ANDRES

Un hombre, ya lo ves; un hombre como todos.

MARCELA

¡No, no!...

ANDRES

Y tú una mujer...

MARCELA

Con tristeza. ¿Como todas también?

ANDRES

No; mucho más bonita que todas, por lo cual te quiero más que á ninguna: ¡á callar, que ahora estoy hablando yo! Sí, señora; mucho más que á ninguna, porque me gustas infinitamente, y eso es lo único, lo único que á ti te debe interesar. ¡Silencio! Y en resumidas cuentas, lo único que te interesa, porque todas esas angustias de si soy ó no soy, de la verdad y la mentira, son tontunas que han meti-

do en esa cabecita linda las novelas francesas y el padre Carrasco, de la Orden de San Francisco. ¿Es verdad ó no es verdad?

MARCELA

¡Cien años hace que no me confieso!

ANDRES

¡Eso vamos ganandolo!

MARCELA

¡Ay, Andrés!

ANDRES

¡Ay, Marcela!

Se ríe.

MARCELA

¿De qué te ríes?

ANDRÉS

¿Por qué no bajaste anoche al jardín?

MARCELA

¡Porque ya no vuelvo á bajar nunca!

ANDRÉS

¿Nunca?

MARCELA

¡Jamás!

M. SIERRA.—II.

ANDRÉS

Esta noche á las doce te espero.

MARCELA

¡No!

ANDRÉS

En cuanto se vaya la gente. Un capricho que tengo: te bajas la llave del portón y salimos á dar un paseo por el campo á la luz de la luna: es decir, á las doce no habrá luna, pero da lo mismo.

MARCELA

No puede ser.

ANDRÉS

¿Por qué?

MARCELA

Mi madre...

ANDRÉS

¡Pobre señora!

MARCELA

¡Andrés, no te rías!

ANDRÉS

Muy serio. ¡Pobre señora! En tocando la oración, dormida por dentro.

MARCELA

¡Y además, mi padre... y además, que no!

ANDRÉS

¡Y además, que sí! Bajarás porque quiero yo... y porque quieres tú, ¡grandísima tonta! Te lo conozco en los ojos, y eso que aquí no los veo bien, que hay demasiada luz y los tengo que mirar de lejos... De cerca, y un poquito á la sombra, sí que son bonitos, y negros, y grandes... ¡y míos! ¿Bajarás? Para que yo te diga cuánto te quiero, y para que me digas tú á mí ¡lo que te parezca!, que me quieres ó que me aborreces, es lo mismo: de un modo ó de otro, que estás loca por mí.

MARCELA

¡Déjame, déjame!

ANDRÉS

¡Loca perdida, y así es como te quiero, y así es como tiene que ser, y eso es lo que yo me merezco, y ríete tú de lo que te digan de que soy ó que dejo de ser! ¡Soy tuyo y tú eres mía por encima del mundo!

MARCELA

¡Andrés!

ANDRÉS

¿Bajas?

MARCELA

No... sé...

ANDRES

Sí, bajas.
Suplicando.

MARCELA

Pero...

ANDRES

¿Sí?... ¿Sí?... Ella asiente inclinando la cabeza. ¡Dios te bendiga!

Besándole las manos.

MARCELA

¿Viene alguien?

ANDRES

No; no es nadie.

MARCELA

Pero me voy.

ANDRÉS

Pero bajas pronto. Se despiden muy lentamente, y ella se va muy triste sin volver la cabeza. ¡Ya lo creo que bajas!...

Andrés, después de haber visto salir a Marcela, se dirige hacia la puerta de la derecha para marcharse; pero Don José, que ha entrado un poco antes y ha oído la última parte de la conversación, le detiene cuando va a salir.

DON JOSE

¡Un momento, mi amigo!

ANDRÉS

¡Don José! Con muchísimo gusto. Todos los que usted quiera.

DON JOSE

¿Quiere decirme dónde iba ahorita mismo?

ANDRÉS

¿Por qué no? A buscar el sombrero y el abrigo para marcharme.

DON JOSE

¿Ya le cansó la fiesta?

ANDRÉS

¡Es que ya es tarde! Mirando al fondo. Ya se despide todo el mundo! Así es que tanto gusto...

Le alargó la mano.

DON JOSE

No se apure, mi amigo, no se apure, que aún tenemos que hablar.

ANDRÉS

¿Otra pregunta?

DON JOSE

Un consejo.

ANDRÉS

Ya un poco insolente. ¿Usted á mí?

DON JOSE

¡Cómo no! Y de buen amigo. ¿Le sorprende?

ANDRÉS

Le diré á usted... un consejo... así, cuando no se pide...

DON JOSE

Es cuando más sincero se da; yo se lo garanto.

ANDRÉS

Pues venga.

DON JOSE

Y volandito. ¿Usted sabe, mi amigo, que esta es mi casa?

ANDRÉS

Sí, señor; hace tiempo.

DON JOSE

Dice bien: hace tiempo, aunque no lo parezca. Lo sabe, ¿no es cierto?

ANDRÉS

Lo sé; sí, señor.

DON JOSE

Pues ahorita le queda por saber otra cosa no más. Y es que desde esta noche no hace nadie en ella sino lo que á mi me dé la realísima gana. ¿Estamos?

ANDRÉS

¿Iba por ahí el consejo que usted quería darme?

DON JOSE

¡Por ahí no más!

ANDRÉS

Pues démelo usted pronto, porque tengo muy poca paciencia.

DON JOSE

¡Mire qué pavada! Muchísima menos tengo yo, mi amigo, y porque no quiero que se me acabe malamente á la hora menos pensada es que le aconsejo que no vuelva á poner los pies en esta casa! Eso no más, y ya puede tomar el chamberguito, que yo no le detengo.

ANDRÉS

Es que ahora, precisamente, no quiero yo marcharme sin que usted me explique...

DON JOSE

No hay nada que explicar, señor mío. ¿No le dije que estamos en mi casa?

ANDRÉS

Lo cual no le autoriza á usted para semejante...

DON JOSÉ

¿Grosería?

ANDRÉS

Usted es quien lo dice.

DON JOSÉ

Para que vea que no me asusta la palabra. ¿Es que piensa que estoy obligado á gastar finuras para sacudirme moscas de su jaez? ¡Qué esperanza!

ANDRÉS

¡Insultos, no!

DON JOSÉ

Pues ya sabe el camino si no quiere oírlos. ¡Finura! Harta encontré en mi casa al volver, y ojalá no hubiera encontrado tanta, que acaso hubiera habido un poco más de felicidad. ¡Finura! Para con ella irme robando el alma de mis hijas, y el reír de su boca, y el pedazo de pan que les gané, y la honra que les dí cuando nacieron. ¡Qué esperanza, mi amigo!

ANDRÉS

No le entiendo á usted.

DON JOSÉ

Pues aguace el ingenio.

ANDRÉS

Pues ya que habla usted de la felicidad de sus hijas, permítame usted que le advierta que este paso que está usted dando puede que no le haga muy feliz á alguna de ellas.

DON JOSÉ

¡Eso es cuenta mía!

ANDRÉS

Y puede que mía también.

DON JOSÉ

Pues ya puede usted ir la borrando del libro, mi amigo, porque le salió equivocada.

ANDRÉS

¡Eso lo veremos!

DON JOSÉ

Ya está visto, señor; y no me canse más, y ándese ligero, que tengo gana de cerrar la puerta.

ANDRÉS

Mire usted que se puede saltar la tapia.

DON JOSÉ

Tiene vidrios arriba y está el perro suelto.

ANDRÉS

O entrar por la ventana, que hay bastantes.

DON JOSÉ

Desde cualquiera de ellas se descerraja un tiro.

ANDRÉS

¿Así lo toma usted?

DON JOSÉ

¡Así no más! ¿No ve, señor, que anduve á puñetazos con la vida, y que pasé hambre y miseria y tristeza y soledad sólo porque los míos fueran felices y vivieran en paz? ¿Y quiere ahora que lo que gané con tanto sudor lo defienda con menos coraje? No, por cierto, señor. Usted se marcha con todo su rumbo, porque yo se lo mando, y usted no me vuelve á parecer aquí ni por puerta, ni por tapia, ni por ventana, ni por carta que sea, porque aquí estoy yo, y conmigo, si es menester, la muerte. Yo se lo garanto. ¿Estamos ó no estamos?

ANDRÉS

Si me voy, conste que es mirando que es usted viejo, y que es el padre de ella, y que no sabe usted lo que se dice.

DON JOSÉ

Mire lo que guste; pero ándese.

ANDRÉS

Y conste que Marcela ha de llorar.

DON JOSÉ

Ya la consolaremos.

ANDRÉS

¡Puede que no!

DON JOSE

Le digo yo que sí.

ANDRES

No se acalore usted, que ya me marchó.

DON JOSE

¡Ernesto! ¡Ernesto!

ERNESTO

Mi amo.

DON JOSE

Acompáñeme á este señor hasta la misma puerta, y cuide que no halle tropiezos por el camino.

Salen ANDRÉS y ERNESTO.

DON JOSE

Después de una pausa corta y viéndoles marchar. ¡Lindo no más! ¡Lindo no más!

Sale por la misma puerta que los anteriores.

La escena queda un momento sola. Viene un CRIADO desde el fondo apagando las luces y sólo deja una en el salón de dentro. Se retira, y al cabo de un momento aparece MARCELA: trae un abrigo al brazo. Al mismo tiempo aparece AMPARO por otra puerta.

AMPARO

¡Qué noche!